

ciosa, y en donde fué fusilado el general Montou-Duverniet, hacia el puente de la Mulatera, donde comienza el camino de hierro de Saint Etienne, que en su principio, atravesando la montaña, pasa por una bóveda tan estrecha, que se lee encima del arco que forma, esta inscripción.

ESTA PROHIBIDO PASAR POR ESTA BÓVEDA
so PENA DE ser APLASTADO. (1);

después de haber vuelto por la plaza de Bellecour, una de las mas grandes de Europa, y en cuyo centro se pierde de vista una raquítica estatua de Luis XVI, lo mejor que puede hacerse, si se quiere hacer lo que yo he hecho, es tomar á las ocho de la noche, el carruage que sale á las seis de la mañana para Ginebra, y en el que al llegar á la subida de Cerdon, despierta á uno el mayoral, para invitar á los viajeros á *andar un poco á pie*, para dar algun respiro á sus caballos: invitacion que los viajeros aceptan con tanto mas placer, cuanto que se encuentran entonces en medio de un paisaje tan grandioso y tan variado, que se creieran ya en un valle de los Alpes.

Sobre las diez llegamos á Nantua, situada á la estremidad de un lindo y pequeño lago, de aguas azules como zafiro, encajonado entre dos montañas, cual una preciosa joya que la naturaleza hubiese temido perder.

En esta pequeña aldea, fué donde el emperador Carlos el Calvo, muerto en Briost, con un veneno que le propinó un médico judío, llamado Sedecias, fué primero enterrado en un tonel cubierto de pez por dentro y por fuera, y forrado de cuero (2)

A algunas leguas mas lejos, nos detuvimos en Bellegarde para comer, y terminada la comida, propuso uno de nosotros, ir á ver la desaparición del Ródano, distante de la posada unos diez minutos. Opúsose al principio el mayoral, pero nos declaramos en rebeldia abiertamente contra él. Nos amenazó con que no nos esperaria, pero le respondimos, que este nos era igual, y que si lo verificaba, alquilariamos otro carruage para continuar el camino, á costa de la administracion Lafitte y Gaillard. Como no tenia por su parte mas que al postillon, cedió, y hasta este abandonó su partido, por haberle enseñado nosotros, con el dedo, una botella de vino que habia encima de una mesa de la posada.

Bajamos por una cuesta muy pendiente, que encontramos junto al camino real, y en pocos minutos, estuvimos encima de la des-

(1) Parece que esta recomendacion paternal, no ha bastado, y que la autoridad, se ha creído obligada á añadir una orden mas severa, pues abajo de esta inscripción, se lee una segunda, concebida en estos términos:

Está prohibido pasar por esta bóveda, bajo pena de pagar multa.

(2) Anales de Saint-Bertin.

aparición del Ródano. Un puente que pertenece, un lado á la Saboya y el otro á la Francia, une ambas orillas del río, y en medio de él, están siempre dos aduaneros, uno sardo y otro francés, vigilando para que no pase nada de un estado á otro, sin pagar los derechos. Estos dos bizarros aduaneros, fumaban lo mas amigablemente del mundo, enviando cada uno bocanadas de humo hacia la tierra extranjera; señal inequívoca de la buena inteligencia que unia á su magestad Carlos Alberto y á su magestad Luis Felipe.

En medio del puente, es en donde se encuentra uno mejor colocado para examinar el fenómeno que allí nos conducia.

El Ródano, que corre profundo y á borbotones, desaparece de repente entre las grietas transversales de una roca, para aparecer de nuevo á cincuenta pasos mas allá: el espacio intermedio, queda perfectamente seco, de manera, que el puente sobre que nos encontramos, está situado, no sobre el río, sino sobre la roca que oculta el río. Lo que pasa en el abismo, donde el Ródano se precipita, es imposible saberlo; maderas, corchos, perros y gatos, se han arrojado por el sitio donde se mete, empero en vano se ha esperado verlos salir por el sitio donde vuelve á aparecer, el abismo no ha devuelto nunca nada de lo que se ha tragado.

Nos volvimos á la posada, donde encontramos nuestro conductor furioso.

—Señores, nos dijo, haciéndonos entrar con violencia en el carruage, nos habeis hecho perder media hora.

—¡Bah! nos dijo el postillon, al pasar cerca de nosotros, limpiándose la boca con la manga de su chaqueta, esa media hora pronto la ganaremos.

En efecto, aunque la subida era asaz pendiente, nuestro hombre puso sus caballos al gran trote. Al poco rato, recobramos el tiempo perdido, llegando al fuerte de l'Ecluse. El fuerte de l'Ecluse, es la puerta de la Francia, del lado de la Ginebra: colocado sobre el camino, que pasa por debajo de él, domina todo el valle, en el fondo del cual ruge el Ródano; sobre las vertientes opuestas á la ciudad á medio tiro de cañon, existen sendas solamente conocidas de los contrabandistas, y que serian impracticables para un ejército.

Apenas entramos en el fuerte, la puerta se cerró detrás de nosotros, y como la de la muralla estuviese aun cerrada nos vimos completamente presos. Estas precauciones están mandadas desde los últimos sucesos de julio. Sin embargo, nos pidieron los pasaportes con toda la política que distingue á la gendarmeria de línea, y como estaban todos en regla no hubo dificultad en abrirnos la puerta y dejarnos en libertad.

A las tres horas de camino y al salir de Saint-Genis, volviéose á nosotros el postillon y nos dijo:

—Señores, ya estamos fuera de Francia. Veinte minutos después nos hallábamos en Ginebra.

UNA VUELTA POR EL LAGO.

Ginebra es después de Nápoles, una de las ciudades mas felizmente situada del mundo. Acostada negligentemente como si apoyase su cabeza en la base del monte Salive, estiendo sus pies hacia el lago que cada ola viene á besar, parece que no tiene otra ocupacion que la de mirar con amor las mil villas ó quintas sembradas en la falda de su nevada montaña que se estiendo á su derecha ó coronan la cúspide de las verdes colinas que se prolongan á su izquierda. A un signo de su mano ve acudir desde el vaporoso fondo del lago sus ligeras barcas de velas triangulares, que se deslizan por la superficie del agua ligeras y blancas como las gaviotas, y sus pesados barcos de vapor rompiendo la espuma con su quilla, bajo un cielo tan hermoso delante de aguas tan bellas, parece que sus brazos le son inútiles y que no tiene mas que respirar para vivir: sin embargo, esta odaliscia indolente, esa sultana perezosa en la apariencia, es la reina de la industria, es la mercantil Ginebra que cuenta ochenta y cinco millonarios entre sus veinte mil hijos.

Ginebra como indica su céltica etimología fué fundada hace unos dos mil quinientos años poco mas ó menos; César en sus Comentarios latinizó la bárbara é hizo de Genen *Geneva*. Antonino á su vez cambió en su Itinerario este nombre en el de *Genabum*. Gregorio de Tours en sus crónicas la llama *Janova*: los escritores del octavo al décimo quinto siglo la designaron bajo el de *Genevna*, en fin en 1536 tomó la denominacion de Ginebra que no ha abandonado desde entonces.

Las primeras noticias que la historia ofrece sobre esta ciudad nos han sido trasmitidas por César, éste nos dice que se estableció en Ginebra para oponerse á la invasion de los helvecios en las Galias, y que encontrando la posicion favorable para un establecimiento militar se atrincheró allí. Entonces edificó en la isla que divide el Ródano á su salida del lago una torre que aun conserva su nombre. Ginebra pasó, pues, á la dominacion romana y adoptó los dioses del Capitolio: construyóse un templo á Apolo en el sitio ocupado hoy por la iglesia de San Pedro, y una roca que salia del lago á distancia de cien pasos casi de la orilla, debió á su forma y á su situacion en medio de las aguas el honor de ser consagrada por los pescadores al dios del mar. Hacia el principio

del siglo XVII se han encontrado en las escavaciones hechas en su base, dos pequeñas hachas y un cuchillo de cobre que servian para degollar los animales destinados al sacrificio. En nuestros dias aquel altar de Neptuno se llama buenamente la piedra de Niton.

Ginebra vivió sometida á los romanos durante el espacio de cinco siglos. En 426 la irrupcion de los bárbaros que se desbordó sobre la Europa la inundó con sus olas. Los burgunds la hicieron una de las capitales mas importantes de su reino. Por este tiempo fué cuando el rey de los francos Hlode-wig envió á pedir su sobrina Hlod-Hilde al rey de los burgunds Gunde-Bal, para esposa; un esclavo romano cuyos antepasados quizá habian mandado en la Helvecia y la Galia en tiempo de Julio César fué á presentar humildemente á la jóven el sueldo de oro que le enviaba el gefe de los francos: la jóven habitaba el palacio de su tio situado donde está hoy dia la arcada de Jour.

La dominacion de ost-goths sucedió á los de burg-hunds, pero no poseyeron á Ginebra mas que quince años; el rey de los francos se la tomó y la unió de nuevo al reino de Borgondje, quedando de capital hasta el año 858. A la muerte de Ludovico Pio le tocó en la division á Lod-Hero, pasando de sus manos á las del emperador de Germania; conquistada luego por Carlos el Calvo que la legó á su hijo Ludovico quedando á la muerte de éste unida al reino de Arlés. Reconquistada después en 888 por Carlos el Gordo, vino á ser la capital del segundo reino de la Borgoña, hasta en 1032, época en la cual fué definitivamente reunida al imperio por Conrado el Sáfico que se hizo coronar el mismo año por Here-Bert, arzobispo de Milan.

Seria demasiado largo seguirla en sus contiendas con los condes de Ginebra y los condes de Saboya; bastará decir que en 1401 pasó definitivamente á poder del último.

Una gran transformacion social se verificaba en aquella época en toda la Europa. Los departamentos de Francia se habian emancipado desde el siglo XI; en el XII se habian erigido en repúblicas las ciudades de Lombardia, y á principios del XIV se habian libertado al poder del imperio los cantones de Schwitz, de Uri y de Untervalde, habiendo puesto la base de la confederacion que debia un dia reunir á toda la Helvecia. Ginebra, colocada en medio de este triángulo popular, sintió á su vez el fuego santo que la libertad le echaba á la cara.

En 1519 contrajo una alianza con Friburgo, y poco después se unió estrechamente con el canton de Berna, de cuya union nacieron niños que fueron grandes hombres, aparecieron apóstoles que proclamaron la libertad en medio de los suplicios. Bonnivard, sepultado por espacio de seis años en los calabozos del castillo de Chillon, se quedó en ellos atado á un pilar con una cadena; Pocolat se cortó la lengua con los dientes en medio de los tormentos, y se la es-

cupió al verdugo que le decía denunciase á sus cómplices; por último Berthelier, conducido al castillo en la plaza de Ile, y apremiado á pedir perdón al duque, respondió: «los criminales deben pedir perdón, y no los hombres de bien. Que se lo pida á Dios el duque que me asesina» y puso su cabeza sobre el tajo.

La religión reformada hizo dar un gran paso á los pueblos, que fatigados con este paso descansan desde entonces; introdujose en Ginebra despues de haber recorrido gran parte de la Alemania y de la Suiza, y convirtió en poderosa auxiliar á la libertad, y añadió á los odios políticos los religiosos. El obispo Pedro de la Beaume abandonó á Ginebra en 1535 para no volver nunca mas á ella, y se proclamó la república.

En 1536 se estableció Calvino en Ginebra; le ofreció el consejo una plaza de profesor de teología. La austeridad de sus costumbres, la aspereza de su elocuencia, y la rigidez de sus principios, le dieron sobre sus conciudadanos una influencia que no pudo hacerle perder el suplicio de Servet, y cuando murió, en 1554, dejó á la pequeña ciudad de Ginebra, capital de un nuevo mundo religioso; era la Roma protestante.

El duque Carlos Manuel de Saboya hizo la última tentativa para recobrar á Ginebra en 1602, pero fracasó. Es conocida en los anales ginebrinos con el nombre de la *Escalada*, porque hizo escalar las murallas por un cuerpo escogido, y sorprendió por la noche la ciudad indefensa. Sus habitantes medio desnudos y medio armados le arrojaron de ella, y consagraron el aniversario de esta victoria con una fiesta nacional que aun se celebra hoy.

Los siglos XVII y XVIII, fueron siglos de descanso para Ginebra, durante este tiempo; su comercio que data de aquella época, tomó tal incremento, que aun hoy la industria es el todo y la propiedad nada. Si todos los ciudadanos del canton reclamasen su parte de terreno, apenas podria obtener cada uno diez pies cuadrados.

Napoleon halló á Ginebra reunida á la Francia, y durante doce años la cosió cual una franja bordada de oro á su manto imperial. Cuando en 1814 los reyes hicieron pedazos y se repartieron este manto, todos los pedazos cosidos por el imperio se les quedaron en las manos. El rey de Holanda tomó la Bélgica, el rey de Cerdeña la Saboya y el Piamonte, el emperador de Austria la Italia. Quedaba aun Ginebra que nadie podía tomar y que no querian dejarle á la Francia. Un congreso se la regaló á la Confederación Suiza, á la que fué agregada con el título de Canton XXII.

Entre todas las capitales de Suiza, Ginebra representa la aristocracia del dinero: es la ciudad del lujo, de las cadenas de oro, de los relojes, de los carruages, y de los caballos. Sus tres mil obreros abastecen á la Europa entera de alhajas. Sesenta y cinco mil onzas de oro y

cincuenta mil marcos de plata cambian de forma entre sus manos todos los años y sus salarios solos suben á dos millones ciento cincuenta mil francos.

El almacén mas elegante de bisutería en Ginebra, es el de Beante sin contradicción alguna; es difícil concebir en la imaginación una colección mas rica de esas mil maravillas que pierden un alma femenil, es para volver loca á una parisiense y hacer estremecer de envidia á Cleopatra en su sepulcro.

Estas alhajas pagan un derecho para entrar en Francia: pero por un corretage de un cinco por ciento, Mr. Beante se encarga de hacerlas llegar por contrabando. El trato entre el comprador y vendedor se hace con esta condición públicamente, como si no hubiese aduaneros en el mundo. Verdad es que Mr. de Beante tiene una destreza maravillosa para dejarlos burlados. Una anécdota entre mil vendrá en apoyo del cumplido que le hacemos.

Cuando era director general de aduanas el señor conde de Saint-Crick, oyó hablar con frecuencia de esta habilidad, gracias á la cual engañaban la vigilancia de sus agentes; resolvió para asegurarse mejor él mismo ver si era verdad todo lo que se decía. El mismo se fué á Ginebra y se presentó en el almacén de Mr. Beante, compró alhajas por valor de treinta mil francos, con condición de que se las pusiesen en su casa de París sin pagar derechos. Mr. de Beante aceptó la condición como hombre acostumbrado á esta clase de contratos; solamente presentó al comprador una especie de recibo privado por el cual se obligaba á pagar además de los treinta y cinco mil francos de la compra, el cinco por ciento de costumbre, éste se sonrió, cogió una pluma y firmó: *El conde de Saint-Crick, director general de las aduanas francesas*; y entregó el papel á Beante que miró la firma y se contentó con responder inclinando la cabeza: «Señor director de aduanas, los objetos que me habeis hecho el honor de comprarme llegarán al mismo tiempo que vos á París.» Picado Mr. de Saint-Crick, apenas se detuvo un momento á comer, envió á buscar caballos de posta, y se puso en camino una hora despues de concluido su trato.

Mr. de Saint-Crick al pasar la frontera, se dió á conocer á los empleados que se acercaron para registrar su carruage, contó al gefe de los aduaneros lo que le había pasado, recomendó la vigilancia mas estrecha en toda la línea, y prometió una gratificación de cincuenta luises al empleado que cogiese las alhajas prohibidas; en tres dias no durmió ningún aduanero. Durante este tiempo Mr. Saint-Crick llegó á París, se apeó en su casa, abrazó á su muger y á sus hijos, y subió á su cuarto para quitarse la ropa de viage.

La primera cosa que vió sobre la chimenea, fué una caja elegante cuya forma le era desconocida. Se acercó y leyó: *Sr. conde de Saint-*

Crick, director general de aduanas, escrito en un escudon de plata que la servía de adorno, lo abrió y encontró las alhajas que había comprado en Ginebra.

Beante se había entendido con uno de los mozos de la fonda, que ayudando á hacer el equipage á los criados de Mr. Saint-Crick, puso entre las demas cosas la caja prohibida. Llegados á París, el ayuda de cámara, viendo la elegancia del estuche y la inscripción que tenía grabada, se apresuró á colocarla sobre la chimenea de su amo.

El director de aduanas era el primer contrabandista del reino.

Los demás objetos de contrabando que se encuentran en Ginebra, á mitad del precio que en París, son: telas de piqué, mantelerías y platos de loza inglesa; estos objetos están casi mas baratos que en Lóndres, pues para entrarlos en la ciudad en cuyas cercanías se fabrican, pagan un derecho mas considerable aun que el precio que cuesta su transporte á Ginebra. Por todas partes pagando el cinco por ciento se garantiza el paso en fraude de los objetos, lo que prueba cómo se ve la utilidad de la triple línea de aduaneros que pagamos para guardar la frontera.

Aunque Ginebra ha sido la cuna de hombres de ciencias y de artes, el comercio es la única ocupación de sus habitantes. Apenas hay alguno que esté al corriente de nuestra literatura moderna; el último dependiente de una casa de comercio creo yo que se creeria humillado si se pusiese su importancia en parangon con las de Lamartine y Victor Hugo, cuyos nombres tal vez no hayan llegado hasta él. La sola literatura que aprecian es la del gimnasio; así es que cuando llegué á Ginebra revolvía la población Jenni Vertpré, graciosa miniatura de mademoiselle Mars. La sala del teatro estaba llena todas las noches hasta los corredores, y un alboroto estuvo á punto de estallar porque se prohibió á los abonados la entrada entre bastidores. De esta manera las declaraciones de amor tenían que pasar públicamente desde las butacas; pero por esto no disminuyó su número. Alguna que otra cayó de rebote entre mis manos y noté que se necesitaba mas desinterés que virtud para resistir; eran por lo regular unas especies de facturas, en las cuales á una muger bonita la valaban al precio corriente de una perla fina.

La sociedad de los salones de Ginebra es en pequeño nuestra Chaussée d'Antin, solamente que á pesar de sus fortunas adquiridas se conoce la primitiva economía por todas partes y á cada instante se tropieza con amas de gobierno. Nuestras damas en París tienen albums de un valor considerable, las de Ginebra alquilan un album para las soires y esto les cuesta diez francos.

Las únicas cosas que tiene que ver el extranjero de artes son: en la biblioteca un manuscrito de San Agustín en papyrus; una his-

toria de Alejandro por Quinto Curcio, encontrada entre los bagages del duque de Borgoña despues de la batalla de Granson, y las cuentas de la casa de Felipe el Hermoso escritas en tabletas de cera. En la iglesia de San Pedro el sepulcro del mariscal de Rohan, amigo de Enrique IV y ardiente partidario de los calvinistas, muerto en 1638 en Koenigfelden, enterrado con su muger la hija de Sully.

Por último, la casa de Juan Jacobo Rousseau, que indica una lápida de mármol negro, colocada en la calle que lleva su nombre, sobre la cual está grabada esta inscripción:

AQUI NACIO J. J. ROUSSEAU EL 28 DE JUNIO DE 1712.

Los paseos en las cercanías de Ginebra son deliciosos; á todas horas del dia se encuentran elegantes carruages dispuestos á conducir al viajero á todas partes donde le lleve su capricho ó su curiosidad. Despues de visitar la ciudad subimos en una carretela y partimos para Ferney; dos horas despues habíamos llegado.

La primera cosa que distinguimos antes de entrar en el castillo es una pequeña capilla cuya inscripción es una obra maestra. No se compone mas que de tres palabras latinas:

DEO. EREXIT VOLTAIRE.

Tenia por objeto probar al mundo entero, demasiado inquieto en las desavenencias de las criaturas y el creador, que Voltaire y Dios se habían al fin reconciliado. El mundo supo esta noticia con satisfacción, pero siempre sospechó que Voltaire había cedido el primero. Atravesamos un jardín, subimos una escalinata de dos ó tres escalones y nos encontramos en la antecámara; allí es donde se reúnen antes de entrar en el santuario los peregrinos que vienen á adorar al dios de la irreligion. El conserje les anuncia de antemano solemnemente que nada se ha cambiado en el mueblage y que van á ver el cuarto tal como lo habitaba Mr. Voltaire. Esta alocución pocas veces deja de producir su efecto. Y se ha visto á estas simples palabras, llorar á los abonados del Constitucional.

Nada hay mas prodigioso que el aplomo del conserje encargado de conducir al extranjero. Desde niño entró al servicio de este gran hombre, lo que hace que posea un repertorio de anécdotas relativas á él, que hacen permanecer con la boca abierta á los que las escuchan. Cuando entramos en su dormitorio una familia entera oía con avidez, colocados al rededor, las palabras que les dirigía. La admiración que tenía por el filósofo se extendía casi hasta el hombre que le lustraba los zapatos y empolvaba su peluca; era una escena de la cual es imposible dar una idea, á me-

nos de presentar á los mismos actores á los ojos del público: sépase solamente que cada vez que el conserge pronunciaba con un acento peculiar suyo el nombre de Mr. Aronet de Voltaire, á estas palabras sacramentales llevaba la mano á su sombrero, y aquellos hombres, que tal vez no hubiesen sido para descubrirse delante de Cristo en el Calvario, imitaban religiosamente este movimiento de respeto.

Diez minutos despues, le tocó el instruirnos á nosotros. La sociedad pagó, entonces el chicherone nos pertenecía esclusivamente; nos paseó en un hermoso jardín, donde el filósofo tenía una vista hermosísima; nos enseñó el paseo cubierto, en el cual había hecho su magnífica tragedia de Irene. De repente nos abandonó, para acercarse á un árbol, cortó con su navaja un pedazo de su corteza y me la dió. Me la llevé sucesivamente á la nariz y á la boca, creyendo sería una madera estrangera, con un olor ó sabor particular. Nada de eso, era un árbol plantado por Mr. Aronet de Voltaire. Tenía costumbre de dar á cada estrangero un pedazo igual. Este árbol tan digno, estuvo á punto de morir de un accidente, había cerca de tres meses, y aun parecía bien enfermo; un sacrilego se había introducido por la noche en el parque; y se había llevado tres ó cuatro pies cuadrados de la santa corteza.

—¿Será algun fanático de la Enriada el que habrá hecho esta infamia? dije yo al conserge.

—No señor, me contestó, yo creo mas bien que habrá sido algun especulador, que habrá recibido encargo del estrangero.

—Magnífico, dije.

Al salir del jardín, nuestro conserge nos llevó á su casa, quería enseñarnos el baston de Voltaire, que conservaba religiosamente despues de la muerte del gran hombre, y concluyó por ofrecérmelo por un luis: los malos tiempos le obligaban á separarse de esta preciosa reliquia. Yo le contesté que era muy caro, y que había conocido un suscriptor de la edicion de Touquet, al cual había cedido otro igual, hacia ocho años, por veinte francos.

Nos subimos al carruage, y partimos para Coppet, y llegamos al castillo de madama Staël: allí no hay conserge hablador, no hay iglesia á Dios, no hay árbol del que se pueda llevar uno una corteza, pero si un hermoso parque, donde todo el pueblo puede pasear con libertad, y una pobre muger, que vierte lágrimas verdaderas al hablar de su ama, y al enseñarnos el enarto que habitó, y en donde nada queda de ella. La pedimos nos enseñase el bufete que estaba aun manchado de la tinta de su pluma, el lecho que debía estar aun caliente al exhalar su último suspiro, nada de esto ha sido sagrado para su familia. El cuarto ha sido convertido, creo que en un salon, los muebles no sé donde los han llevado, quizá no habría en todo el castillo un solo ejemplar de la Delina.

De esta habitacion pasamos á la de monsieur Staël, hijo; tambien allí la muerte había entrado, la muerte había encontrado donde cebarse, dos lechos estaban vacíos, una cama de hombre y una cuna de niño. Allí había muerto Mr. Staël y su hijo, llevándose tres semanas el uno y el otro.

Pedimos ver los sepulcros de la familia, pero una disposicion testamentaria de Mr. de Necker, ha prohibido la entrada á la curiosidad de los viajeros. Habíamos salido de Ferney con una provision de alegría, que parecía debía durarnos ocho dias; con las lágrimas en los ojos y el corazón oprimido, salimos de Coppet.

No teníamos tiempo que perder para tomar el vapor, que debía conducirnos á la Viana: le veíamos acercarse á nosotros, rápido, humeante y cubierto de espuma, como un caballo marino. En el momento en que creíamos que iba á pasar por delante de nosotros sin vernos, se paró de repente, vacilando con la sacudida, despues, puesto de lado, nos aguardó. Apenas pusimos los pies sobre el puente volvió á empezar su carrera. El lago de Lemán es la mar de Nápoles, es su azulado cielo, sus aguas azules, y mas aun, sus sombrías montañas, que parecen apiñadas las unas sobre las otras, cual si fueran los peldaños de una escalera del cielo: solamente, que cada peldaño ó escalon, tiene tres mil pies de alto. Despues, detrás de todo esto, aparece con su nevada frente el Monte Blanco, gigante curioso, que recrea su vista en el lago, por encima de los otros montes, que á su lado no son mas que cerros.

Así cuesta trabajo separar la vista de la orilla meridional del lago, para dirigirla sobre la orilla septentrional. No obstante, allí es donde la naturaleza ha derramado mas prodigamente las flores y los frutos de la tierra, que lleva en la punta de su falda: parques, viñedos, mieses, una aldea de diez y ocho leguas de largo, estendida de una á la otra punta de la orilla, castillos edificadas en todos los sitios, variados al capricho, y llevando esculpidas en sus frentes las fechas precisas de sus nacimientos; en Nyon, edificios romanos, construidos por César; en Vullans, un castillo gótico, levantado por Berta, la reina hiladora; en Morges, casas de campo ó villas, con preciosas azoteas, que cualquiera creeria, trasladadas enteras desde Sorrento ó desde Bayas; luego en el fondo Lausana, con sus esbeltos campanarios, con sus casas blancas, que parecen á lo lejos una bandada de cisnes, secándose sus plumas al sol, y que ha colocado sobre la orilla del lago la aldea de Oulchy, centinela encargada de avisar á los viajeros, que no pasen sin rendir homenaje á la reina de Vaux: nuestro barco se acercó á ella como un tributario, y depositó una parte de sus pasajeros sobre la orilla. Apenas había puesto el pie en el puerto, cuando divisé un jóven republicano, llamado Allier, á quien había conocido en la

época de la revolucion de julio, y que se había refugiado en Lausana hacia un mes, por haber sido condenado, por un folleto que escribió, á cinco años de prision.

Era un hallazgo para mí, pues ya había encontrado mi *cicerone*. Vino él á abrazarme así que me reconoció, aunque no habían mediado entre los dos relaciones de amistad. En aquel abrazo adiviné cuanto dolor había en aquella pobre alma errante; efectivamente estaba atacado del mal del país. Aquel hermoso lago de maravillosas orillas, aquella ciudad situada en una de las posiciones mas encantadoras del mundo, aquellas pintorescas montañas; todo esto no tenía mérito ni encanto á sus ojos; el aire estrangero le sofocaba.

Como este pobre muchacho no se hallaba en situacion de satisfacer mi curiosidad, pues cuando le hablaba en suizo me respondía en francés, se ofreció á presentarme á un excelente patriota, diputado de la ciudad de Lausana, que le había recibido como á un hermano de religion y que no le había consolado, por la única razon de que en el destierro nadie halla consuelo.

Mr. Pellis es uno de los hombres mas distinguidos que he encontrado en todo mi viage, por su instruccion, cortesania y patriotismo. Desde el momento que nos dimos la mano, nos hicimos hermanos, y durante los dos dias que permaneci en Lausana tuvo la bondad de suministrarme los mas preciosos datos y noticias sobre la historia, legislacion y arqueologia del canton. Era un hombre muy versado en estas tres cosas.

El canton de Vaux que linda con el de Ginebra, debe su prosperidad á una causa enteramente distinta de la de su vecino. Sus riquezas no son industriales sino territoriales; el terreno esta dividido de modo que todos poseen, así que de sus ochenta mil habitantes, los treinta y cuatro mil son propietarios.

El canton es, militarmente hablando, uno de los mejor organizados de la confederacion, y como todo vaudex es soldado, tiene siempre en tropas disponibles como en tropas de reservas, treinta mil hombres casi sobre las armas, que es la quinta parte de su poblacion. El ejército francés establecido bajo esta proporcion vendria á componerse de seis millones de soldados.

Las tropas suizas no reciben paga alguna, cumplen con servir en el ejército un deber de ciudadanos que no les parece gravoso. Todos los años pasan tres meses en un campamento para ejercitarse en las maniobras militares y acostumbrarse á las fatigas: de esta manera la Suiza encontraria siempre listo á su primer llamamiento de guerra un ejército de ciento ochenta mil hombres sin costarle absolutamente nada al gobierno. El presupuesto del nuestro, que presenta segun creo una fuerza efectiva de cuatrocientos mil hombres, sube á cerca de 306 000,000 de francos.

No puede ser oficial ninguno que no haya servido dos años. Los candidatos son nombrados por el consejo de Estado á propuesta del cuerpo de oficiales. El que ha llegado á la edad de veinte y cinco años sin haber servido en algun cuerpo de preferencia, entra á servir en el depósito hasta la edad de cincuenta y queda incapacitado para ser oficial. No puede casarse ningun ciudadano que no posea su uniforme, sus armas y la Biblia.

En cuanto al poder ejecutivo fúndase tambien en bases bastante sólidas y bastante claras; cada cinco años la cámara de los diputados se somete á una total renovacion y el consejo ejecutivo á una renovacion parcial. Todo ciudadano es elector; las elecciones se hacen en la iglesia, y los diputados prestan inmediatamente su juramento delante del escudo federal en donde están escritas estas dos palabras: *Libertad.—Patria*.

La catedral de Lausana parece haberse principiado hácia fines del siglo XV: iba ya á concluirse y solo quedaba por terminar la parte superior de uno de sus campanarios, cuando la reforma de Lutero interrumpió los trabajos en el año 1536. Su interior como el de todos los templos protestantes, está desnudo y despojado de todo ornato: en medio del coro hay un gran reclinatorio donde en la época en que el calvinismo hizo tan rápidos progresos, acudian los católicos á pedir á Dios que iluminase á sus estraviados hermanos. Acudieron allí por tan largo tiempo y en tan gran número que el mármol desgastado por el roce conserva aun estampadas la marca de sus rodillas.

El coro está rodeado de sepulcros casi todos notables, ya con respecto al arte, ya á causa de los ilustres restos que en ellos se guardaban, ya en fin á causa de las particularidades que se refieren en la muerte de los que allí yacen.

Los sepulcros góticos dignos de alguna atencion son los del pontifice Felix X, y de Oton de Granson á cuya estatua le faltan las manos. Ved aquí la causa de esta mutilacion.

En 1393, Jerardo de Estabayer, celoso de los obsequios que prodigaba á su muger la hermosa Catalina de Belp, el señor Oton de Granson, tomó el partido para vengarse de él y disimular la verdadera causa de su venganza de acusarle de ser el autor del envenenamiento de que estuvo á punto de perecer el conde Amadeo VIII de Saboya.

En su consecuencia presentó solemnemente su queja ante Luis Joinville, bailio de Vaux, y renovándola con grandes formalidades ante el conde Amadeo VIII, ofreció á su enemigo un combate á muerte como testimonio de la verdad de su acusacion. Oton de Granson, aunque debilitado por una herida aun mal cerrada, creyó de su honor no pedir un plazo y aceptó el reto. Convino que el combate tendria lugar el 9 de agosto de 1393 en Bourg en Bresse, y que cada uno de los combatientes se

presentaria armado de una lanza, dos espadas y de un puñal. Convino además que el vencido perdería las dos manos, á menos que no confesara si era Oton el crimen de que se hallaba acusado, y si era Jerardo de Estabayer la falsedad de la acusación.

Fue vencido Oton: Jerardo de Estabayer le gritó que confesase que era culpable. Oton no respondió sino alargándole las dos manos que Jerardo le derribó de un solo golpe.

Vez aquí por que faltan las manos á la estatua, como le faltan al cadáver, porque fueron quemadas por el verdugo como manos de un traidor (4).

Cuando se abrió el sepulcro de Oton, á fin de trasportar sus restos á la catedral de Lausana, se encontró su esqueleto dentro de su armadura con su casco en la cabeza y sus espuelas en los pies; la coraza rota en el pecho marcaba el sitio por donde le habia herido la lanza de Jerardo.

Los sepulcros modernos son los de la princesa Catalina Orlaw, y el de lady Strafford Caning; el lord Strafford obtuvo á causa de su profundo dolor, que su muger fuese enterrada en el templo. Escribió á Canova encargándole un sepulcro, recomendando al escultor lo hiciera lo mas pronto posible. Llegó el sepulcro al cabo de cinco meses, precisamente á la mañana siguiente del día en que lord Strafford acababa de pasar á segundas nupcias.

Desde allí Mr. Pellis, nuestro sábio y amable cicerone, nos ofreció hacernos ver la prision penitenciaria; al salir nos admiramos de la maravillosa vista que se descubre desde el llano de la catedral debajo de la cual recostada Lausana, disemina sus casas, siempre poco distantes las unas de las otras á medida que se van separando del centro. Mas allá de estas casas el lago azul terso como un espejo; al uno de los cabos de este lago, Ginebra, cuyos techos y cúpulas de zinck brillan heridas por los rayos del sol, cual los minaretes de una ciudad mahometana; en fin, en el otro extremo la garganta sombría del Valés que dominan con sus punteagudos peñascos cubiertos de nieve, el Diente de Morcle y el Diente del Mediodía.

Este llano es el punto de reunion de la ciudad, pero como está descubierto al Occidente, viene siempre de la cima de los montes cubiertos de hielo que rodean el horizonte, un aire sutil, agudo, peligroso para los niños y para los ancianos. En su consecuencia, acaba de decidir el consejo de Estado, que sobre la vertiente meridional de la ciudad se haga un paseo destinado á la vejez y á la infancia, que débiles ambas, ambas tienen necesidad del sol y del calor. Este paseo costará ciento cincuenta mil francos; ¿no es propia esta decision de los éforos de Esparta?..

(4) El artista que ha hecho el sepulcro ha esculpido dos pequeñas manos sobre el almohadon de mármol que sostiene la cabeza de Oton.

En Suiza no hay ni galeras ni presidios, hay solamente casas penitenciarias. Una de estas es la que íbamos á visitar; así los hombres que íbamos á ver, eran galeotes. Con este pensamiento entramos allí; empero se parecen tan poco aquellas casas á las prisiones de Francia, que nos creimos buenamente en un hospicio.

Hallábanse los detenidos en recreo, es decir, que podían pasearse una hora en un hermoso patio que les está destinado; los vimos desde una ventana hablando por grupos. Hicieronos notar que algunos llevaban vestidos con listas verdes y blancas y llevaban una especie de argolla al cuello; estos eran los galeotes.

Fuimos á otra ventana enfrente, y vimos en un jardín mugeres que se paseaban; era el jardín de las Madelonetas, y del San Lázaro vaudés.

Visitamos despues los cuartitos aislados en que duermen los detenidos; eran bonitas celdas que solo tenían de prision las rejas; cada celda estaba provista de los muebles necesarios para el uso de una persona. Tenian algunas hasta una pequeña biblioteca, porque se permite á los detenidos dedicar á la lectura las horas del recreo.

El objeto de estas casas penitenciarias, es, no solo separar de la sociedad los miembros que podrian serle perjudiciales, sino tienen también por resultado mejorar la moral de los encerrados allí. En general, los jóvenes franceses condenados á prision ó á presidio, salen de ellos mas corrompidos que cuando entraron; los condenados vaudeses, al contrario, salen mejores. Ved aquí sobre qué base lógica hace el gobierno descansar esta mejora. La mayor parte de los crímenes tiene por causa la miseria; esta miseria en que ha caído el individuo, proviene, de que no conociendo ningun estado, no ha podido, ayudado de su trabajo, crearse una existencia en medio de la sociedad. Secuestrarle de esta sociedad, retenerle aprisionado por un tiempo mas ó menos largo, y volverle á soltar en medio de ella, no es el modo de hacerle mejor; es privarle de la libertad y nada mas; vuelto á arrojar en medio del mundo en la misma posición que ha causado su primera caída, esta misma posición causará naturalmente otra segunda. El único medio de evitársela, es devolverle á los hombres que viven de su industria bajo un pie igual al suyo, es decir, con una industria y con dinero.

En consecuencia, las casas penitenciarias tienen por primer reglamento el que todo condenado que no sepa un oficio, ha de aprender uno necesariamente, el que él quiera elegir; el segundo reglamento es que las dos terceras partes del dinero que gane en este oficio durante su detención será para él. Un artículo añadido posteriormente completa esta filantrópica medida. Autoriza á los prisioneros

para poder enviar una tercera parte de este dinero á su padre ó á su madre, á su muger ó á sus hijos.

Así, la cadena de la naturaleza rota violentamente para el condenado por una sentencia judicial, se reanuda con nuevas relaciones. El dinero que envia á su familia le prepara en medio de ella una alegre vuelta. El interior de que su corazón tiene tanta necesidad, despues de haberse visto privado tan largo tiempo de él, le queda abierto, pues que en lugar de volver á el envilecido, pobre y desnudo, el miembro ausente de aquella familia, vuelve á entrar en ella purificado de su pasado crimen por el mismo castigo, y asegurado de su virtud en el porvenir por el dinero que posee y el oficio que ha aprendido.

Varios ejemplos vienen en apoyo de esta maravillosa institucion, lo que recompensa á sus autores: hé aqui notas copiadas del registro de las casas que atestiguan este resultado.

«B..., nació en 1807 en Bellerive, mozo de molino—pobre—ha robado tres medidas de centeno, y ha sido condenado á dos años de presidio.—Su beneficio al cumplir el tiempo y entre los socorros enviados á su familia, era de setenta francos de Suiza (cien francos franceses, poco mas ó menos), además ha salido tejedor muy hábil.»

Debajo de estas líneas, el ministro de la iglesia de la aldea, al volver B..., ha escrito de su puño.

«A la vuelta á Bellerive, este joven escésivamente humillado por su detención, se escondió en casa de su padre, no atreviéndose á salir de su casa. Los jóvenes de la aldea fueron á buscarle un domingo á su casa, conduciéndole en medio de ellos á la iglesia.»

«L..., convicta de varios robos,—tres años de reclusion, salió con buenas disposiciones, al volver á su departamento, donde por las noticias favorables que habian corrido en el pueblo, relativas á su excelente conducta durante su detención, las jóvenes salieron á su encuentro, y despues de haberla besado, la llevaron en medio de ellas á la aldea; su beneficio, ciento trece francos de Suiza, (cosa de ciento ochenta francos de Francia) hilandera y sabiendo leer y escribir.»

«D..., condenada á diez años de reclusion, por infanticidio sin premeditacion.—Entró no sabiendo nada, salió instruida,—costurera excelente, con un beneficio de novecientos Francos de Suiza (mil doscientos francos de Francia poco mas ó menos) hoy día, ama de llaves de una de las mejores casas del canton.»

«No hay alguna cosa de patriarcal en este gobierno que instruye al culpable, y en la juventud que le perdona! No es sublime la divisa federal puesta en práctica: uno para todos, todos para uno! Yo podia citar cien ejemplos iguales, inscritos en el registro de una casa de penitenciaria. Que se consulte los registros de

todos nuestros presidios y todas nuestras cárceles, yo desafío aun al mismo Mr. Appert, á que me cite cuatro hechos, que balancen moralmente con los que acabo de citar.

Al salir de la casa de penitenciaria, fuimos á tomar un sorbete, cuesta tres batc (nueve sueldos de Francia) y son los mejores que yo he tomado en mi vida. Se lo recomiendo á todos los viajeros que pasen por Lausana.

Una segunda recomendacion gastronómica que los aficionados no me perdonarian haber olvidado, es la de la *ferra* del lago de Lemán, este excelente pescado no se encuentra mas que allí, y aunque tiene mucha semejanza con el *labaret*, del lago de Neuchâtel, y la *sombra de caballero*, del lago de Bourget, las sobrepaja á las dos en finura. No conozco mas que la saboga del Sena con quien se pueda comparar.

Despues que se ha visitado el paseo, la catedral y la casa de detención de Lausana; luego que se ha comido en el Leon de Oro la *ferra* del lago, y bebido el vino blanco de Vevay, y tomado en el café, que se encuentra en la misma calle que la fonda los sorbetes, lo mejor que se debe hacer es alquilar un carruaje y partir para Villeneuve. Durante el camino, se atraviesa Vevay, donde vivia Clara; el castillo de Blonay, que habitaba el padre de Julia; Clarens, donde se enseña la casa de Juan Jacobo; y por fin, al llegar á Chillon, se divisan á una legua y media, en la orilla opuesta las rocas escarpadas de la Meilleraie, desde cuya cúspide Saint-Preux contemplaba el limpo y profundo lago, en cuyas aguas estaba la muerte y el reposo.

Chillon, antigua prision de los duques de Saboya, es hoy día arsenal del canton de Vaux, fué edificado en 1250. La cautividad de Bonnivard y su memoria, llamaron tanto la atención, que hasta se ha olvidado el nombre de un prisionero, que en 1798, se escapó de una manera casi milagrosa. Este desgraciado empezó á hacer un agujero en el muro, ayudado de un clavo arrancado de las suelas de sus zapatos, pero salió de su calabozo, para encontrarse en otro mas grande nada mas. Entonces necesitó con la fuerza de sus puños, romper una barra de hierro, que cerraba una tronera de tres ó cuatro pulgadas de ancho; la señal de sus zapatos, que ha quedado sobre el descanso de la tronera, atestiguan que los esfuerzos, que se vió obligado á hacer, fueron sobrenaturales. Sus pies, con cuya ayuda se resbalaba, han ahondado la piedra una pulgada. Esta tronera es la tercera á la izquierda entrando en el calabozo.

En el artículo de Ginebra hemos hablado de Bonnivard y de Berthelier: el primero dijo un día que por la independencia de su país daría su libertad, el segundo respondió que él daría su vida. Esta doble oferta fué oída, y cuando el verdugo vino á reclamar su cumplimiento encontró á los dos prontos á cumplir.

la. Berthelier marchó al cadalso, Bonnivard transportado á Chillon encontró una cautividad horrorosa. Sujeto por medio del cuerpo á una cadena, cuyo extremo iba á unirse á un anillo de hierro clavado en un pilar, permaneció así seis años no teniendo mas libertad que la de lo largo de la cadena, y sin poderse acostar mas que donde ella lo permitía, dando vueltas siempre como una bestia feroz al rededor de su pilar, ahondando con sus pisadas el suelo, atormentado por el pensamiento de que su cautividad no serviría tal vez de nada á la independencia de su país y que Ginebra y él estaban condenados á una esclavitud eterna. ¿Cómo en una noche tan larga, que ningun rayo de luz venía á interrumpir, en que el silencio no era turbado mas que por el ruido de las olas que batían el muro del calabozo, ¡Dios mío! ¿cómo el pensamiento no mató á la materia ó la materia al pensamiento? ¿Cómo una mañana el carcelero no encontró á su prisionero muerto ó loco, cuando una sola idea, una idea eterna debía despedazarle el corazón y desgarrarle el cerebro? Y durante este tiempo, durante seis años, durante esta eternidad, ni un grito, ni un quejido atestiguan sus carceles, excepto sin duda cuando el cielo desencadenaba la tempestad, cuando la tempestad levantaba las olas, cuando la lluvia y el viento azotaban el muro, tal vez entonces su voz se perdía en la inmensa voz de la naturaleza; tal vez entonces vos solo, Dios mío, podiais distinguir su grito y su desesperacion: sus carceles no habian podido gozarse en su desesperacion y á la mañana siguiente le encontraban calmado y resignado pues la tempestad entonces se calmaba en su corazón como en la naturaleza. ¡Oh! sin esto, ¿sin esto, no se hubiera roto la cabeza contra su pilar? ¿No se hubiera estrangulado con su cadena? ¿Hubiese oído el día en que entraron en tumulto en su prision y que cien voces le decían á la vez:

—Bonnivard, eres libre.

—¿Y Ginebra?

—¡Libre!

Desde entonces la prision del mártir se ha convertido en un templo, el pilar en un altar. Todo el que tiene un corazón noble y ardiente por la libertad, se vuelve de su camino y viene á orar al sitio donde Bonnivard ha sufrido. Se hace uno conducir derecho á la columna donde por tanto tiempo estuvo encadenado; busca uno en su granítica superficie donde cada uno inscribe su nombre los caracteres que él ha grabado; se baja uno hácia el camino ahondado por sus pies para buscar su huella, se cuelga uno del anillo al cual estuvo atado, para probar si está sólidamente clavado aun con su argamasa de ocho siglos. Todas las ideas se pierden en aquel momento excepto la de que estuvo encadenado seis años... ¡seis años! es decir la novena parte de la vida de un hombre!

Una tarde en 1816, en una de esas hermo-

sas noches que Dios ha hecho solo para la Suiza, una barca avanzaba silenciosamente dejando en pos de sí un rastro brillante por los quebrados rayos de la luna. Se dirigió hácia el muro blanquecino del castillo de Chillon, atracó en la orilla sin ningun ruido como un cisne que la sube; un hombre bajó, pálido el rostro, ojos penetrantes, con la frente erguida y despejada, envuelto en una capa que le tapaba los pies; sin embargo, se notaba que cojeaba un poco; pidió que le enseñasen el calabozo de Bonnivard: largo tiempo permaneció solo en él y cuando se entró despues que él salió del subterráneo, se encontró en el pilar donde habia estado encadenado el mártir, un nombre nuevo cuya copia exacta es la siguiente:

BYRON.

UNA PESCA DE NOCHE.

Llegamos al medio día á Villeneuve.

Villeneuve, que los romanos llamaban *Penilucus*, está situada á la estremidad oriental del lago de Lemán. El Ródano, que baja de la Furca, donde toma su nacimiento, pasa una media hora del camino de la pequeña aldea, que marca los límites del cantón de Vaux, que adelantándose su puerta, se estiende cinco leguas mas allá, y separa el cantón de Vaux del país Valesano.

Un celerifero, que espera á los pasajeros del barco de vapor, los conduce la misma tarde á Bex, donde duerme uno ordinariamente. La hora de delantera que habia ganado viniendo por tierra me permitió el recorrer hasta el punto en que el Ródano dividiéndose en dos ramales, se precipita gris y arenoso en el lago; para dejar en él todo su cieno y salir puro y azulado en Ginebra despues de haberle atravesado en toda su longitud.

Luego que volví á Villeneuve, el carruage estaba dispuesto para marchar; cada uno habia tomado su sitio, y me habian dejado como ausente aquel que creian ser peor, y que yo por mi hubiese escogido como mejor. Me habian colocado con el conductor en el primer cabriolé, donde nada me libertaba del viento de la tarde, pero tampoco nada impedía el ver el país.

Es un hermoso golpe de vista á través del horizonte azulado de los Alpes, este valle abierto sobre el lago en una anchura de dos leguas

y que va estrechándose hasta llegar á San Mauricio, á punto de que una puerta le cierra entre el Ródano y la montaña. A derecha é izquierda del río, y de media en media legua parecen y desaparecen pueblitos vaudeses y valesanos, sin que la rapidez de nuestra marcha nos permitiese ver otra cosa que su atrevida y pintoresca situacion sobre la falda de la montaña; donde los unos casi á punto de resbalar-se sobre un rápido declive, escalonado de vidés, los otros fijos en una plataforma rodeado de abetos negros parecidos á nidos de pájaros ocultos en las ramas; algunos dominando un precipicio, y no dejando adivinar el camino que conduce á ellos. Luego en el fondo del paisaje, y dominando todo esto á la derecha el Diente de Morele, rojo como un ladrillo que sale del horno, elevándose siete mil quinientos noventa pies sobre nuestras cabezas; á la derecha su hermano el Diente de Mediodía ostentando su cabeza blanca de nieve á ocho mil quinientos pies entre las nubes; ambos á dos tersamente iluminados por los últimos rayos del sol se destacan sobre un cielo azul. El Diente del Mediodía por una nube de un sonrosado claro, el Diente de Morele por su color rojo encendido. Me aquí, de lo que yo gozaba en castigo de haber llegado tarde, mientras que los de adentro, cerrados herméticamente los cristales se alegraban de haber escapado del frío de la atmósfera que yo no sentía y al través de la cual me parecia encontrarme en un país de encantadoras.

Al anochecer llegamos á Bex. El carruage se paró á la puerta de una de esas bonitas fondas que no se encuentran mas que en Suiza. En frente habia una iglesia cuya fundacion, como la de casitodos los monumentos religiosos del Valaix parecen por su estilo romano, haber sido obra de los primeros cristianos.

La comida nos esperaba. Encontramos el peseado tan delicado, que pedimos nos lo pusieran y lo encargamos para el almuerzo del día siguiente. Cito este hecho tan insignificante, porque este encargo me hizo asistir á una pesca que me era completamente desconocida y que no he visto hacer mas que en el Valés.

Apenas hubimos manifestado este deseo gastronómico, cuando la dueña de la posada llamó á un muchachon de diez y ocho á veinte años, que parecia desempeñaba las funciones de ayudante de cocina, limpia-botas, y hacia los recados como criado. Llegó medio dormido y recibió la orden, á pesar de expresivos bostezos, única especie de oposicion que se atrevia á hacer el pobre diablo á la interpelacion de ir á pescar algunas truchas para el almuerzo del señor, indicándome á mí con el dedo. Mauricio, este era el nombre del pescador, se volvió hácia mí, y me echó una mirada de pereza, tan llena de inesplicable reconvenccion que me conmovió al considerar lo que iba á sufrir para no desesperarse, viéndose obligado á obedecer. Sin embargo, dije yo, si esta

pesca debía incomodar mucho al muchacho (el semblante de Mauricio se iba animando á medida que mis frases tomaban un sentido favorable á sus deseos); si esta pesca, continué... La dueña me interrumpió: Bah! bah! es negocio de una hora, el río está á dos pasos; vamos, holgazan, toma tu linterna y tu hoz, añadió dirigiéndose á Mauricio, que habia vuelto á caer en la resignada apatia habitual en las gentes hechas para obedecer.—Despáchate.

—*Tu linterna y tu hoz* para ir á la pesca... Desde entonces Mauricio se perdió, pues me vino un deseo irresistible de ver una pesca que se hace como una corta de leñas. Mauricio exhaló un suspiro al pensar que ya no le quedaba mas esperanza que Dios, pero Dios le habia visto ya tantas veces en semejante situacion, sin procurar sacarle de ella, que no era probable hiciese entonces un milagro en su favor.

Tomó entonces con una energía que rayaba en desesperacion, una hoz que estaba colgada entre los instrumentos de cocina, y una linterna cuya forma merece una detallada descripcion.

Era un globo de cuerno como las lámparas que nosotros suspendemos en nuestras antesalas ó nuestras alcobas, al cual habian añadido un tubo de hoja de lata de la forma de un mango de escoba. Como este globo estaba herméticamente cerrado, la mecha que ardia en el interior de la linterna no recibia aire mas que por lo alto del conducto, evitándose asi que fuese apagado por el viento ó por la lluvia.

—¿Con que venís? me dijo Mauricio despues de haber hecho sus preparativos, y viéndome que me preparaba á seguirle.

—Ciertamente, respondi: esa pesca me parece original.

—Sí, sí, murmuró entre dientes: es muy original, ver á un pobre diablo chapuzarse en el agua hasta la barriga, cuando deberia estar durmiendo en aquella misma hora sobre un buen monton de heno. ¿Quereis una hoz y una linterna? Asi pescareis tambien y habrá eso mas de original.

Un *¿Qué haces por ahí todavía? pesado!* que salió del cuarto inmediato, me evitó responder con una negativa á la oferta de Mauricio, que encerraba en sí mas ironia que deseo de proporcionarme una diversion. Al mismo tiempo se oyeron inmediatos los pasos del ama de la posada que acompañaba su venida refunfuñando y no presagiando nada bueno para el que tardaba en salir. Lo conocí tan bien que á todo trance abrió rápidamente la puerta; salió y la volvió á cerrar sin aguardarme, tal prisa tenia de poner dos pulgadas de pino entre su pereza y la cólera de nuestra graciosa posadera.

—Soy yo, dije abriendo la puerta y siguiendo con los ojos la linterna que lucia á